



SERMÓN 11

La curación del ciego

HIMNO INICIAL

Dios descendió – HA 308

SALUDO

Bienvenidos al décimo primero *Miércoles de poder*. Estamos felices porque usted está aquí.

El Espíritu Santo nos trajo a cada uno de nosotros en esta noche para darnos un mensaje individual. Mi deseo y mi oración es que Dios abra nuestro entendimiento para comprender y practicar su Palabra. En el tiempo del fin, período en el que vivimos, Dios continúa realizando milagros.

INTRODUCCIÓN

En Brasil, más de siete millones de personas presentan alguna deficiencia visual, según datos del *Instituto Brasileiro de Geografia e Estatística* (IBGE). De ese total, cerca de 580 mil son completamente ciegos y más de seis millones y medio presentan escasa visión, ya sea por consecuencias congénitas o adquiridas a lo largo de la vida. Estar ciego, ya sea por nacimiento o por haber perdido la visión en alguna etapa de la vida, es muy desafiante. La persona necesita aprender a “ver” el ambiente sin la visión. Necesita familiarizarse con sonidos, olores, sabores y tocar ob-

jetos, animales y personas para crear una imagen mental del ambiente en donde se encuentra. Al trasladarse por las calles, tiene que decidir lo que es peligroso o inofensivo, saludable o perjudicial sin la ayuda de la visión. ¿Logra imaginar su vida diaria sin ver a las personas que ama? ¿Sin poder decidir la combinación de ropa que usa? ¿Sin ver la belleza de la naturaleza? Si usted perdiera la vista hoy, ¿qué más perdería? ¿A qué cree que sería más difícil adaptarse?

DESARROLLO

El personaje de hoy, Bartimeo, era ciego. No sabemos si nació con esa deficiencia o si la adquirió. Como las demás personas enfermas o deficientes de la época, vivía aislado y era despreciado. Mendigaba al borde del camino. Pero un punto interesante es que mantenía la fe y la esperanza encendidas. Lea el relato en Marcos 10:46-52.

“Entonces vinieron a Jericó; y al salir de Jericó él y sus discípulos y una gran multitud, Bartimeo el ciego, hijo de Timeo, estaba sentado junto al camino mendigando. Y oyendo que era Jesús nazareno, comenzó a dar voces y a decir: Jesús, Hijo de David, ¡ten misericordia de mí! Y muchos le reprendían para que callase, pero él clamaba mucho más: ¡Hijo de David, ten misericordia de mí! Entonces Jesús, deteniéndose, mandó llamarle; y llamaron al ciego, diciéndole: Ten confianza; levántate, te llama. Él entonces, arrojando su capa, se levantó y vino a Jesús. Respondiendo Jesús, le dijo: ¿Qué quieres que te haga? Y el ciego le dijo: Maestro, que recobre la vista. Y Jesús le dijo: Vete, tu fe te ha salvado. Y en seguida recobró la vista, y seguía a Jesús en el camino”.

La rutina de las personas ciegas está repleta de desafíos, especialmente con relación a la movilidad: barreras a la accesibilidad presentes en los espacios urbanos, con las difíciles condiciones de locomoción por las veredas llenas de desniveles y pozos, carteles en medio del camino, muchas veces a la altura de la cabeza, rampas inadecuadas, travesías peligrosas, autos estacionados irregularmente, entre tantos otros obstáculos. Esta curación está descrita en Mateo, Marcos y Juan, pero con detalles

diferentes. Mateo mencionó dos ciegos sanados en vez de uno. Pero ese hecho no hace que el relato sea falso ni disminuye la confiabilidad en la Biblia, porque el silencio de un autor sobre la información mencionada por otro autor no significa contradicción. Otro detalle diferente entre los autores es que solo Marcos llama al ciego por su nombre, tal vez porque el ciego era conocido en la región donde estaba Juan Marcos.

Esta curación ocurrió durante el último viaje de Jesús a Jerusalén, una semana antes de su crucifixión. Juan Marcos posiblemente fue testigo ocular de los hechos, lo que se observa por los detalles que mencionó. Él escribió el evangelio de Marcos por el año 44 d. C., por lo menos unos 15 años después de que ocurriera esa curación, y miles de siglos después, el milagro todavía nos inspira. Bartimeo fue un ciego mendigo, hijo de Timeo (v. 1), que permanecía sentado al borde del camino. Las personas solo pasaban a su lado, no se relacionaban y poco les importaba que estuviera allí. En ese sentido, él estaba excluido de la convivencia social. Oía lo que comentaban las personas sobre las enseñanzas y curaciones de Jesús mientras pasaban cerca de él. Y comprendió que Jesús se preocupaba por la salvación y el bienestar de las personas.

Un día, las personas estaban más agitadas de lo normal. Bartimeo podía notarlo por los pasos apresurados y por las voces. Al saber que Jesús estaba pasando por el camino donde él estaba, comenzó a gritar: “Jesús, Hijo de David, ¡ten compasión de mí! Muchos lo reprendían para que se callara, pero él gritaba cada vez más: Hijo de David, ¡ten compasión de mí!” Intentaron silenciarlo. Bartimeo seguía firme en su propósito de que el Mesías, el Hijo de David lo notara (Mat. 1:1).

En sentido metafórico, una persona ciega espiritualmente capta poco y nada la misericordia y la justicia de Dios, o su amor y preocupación por ella. De alguna manera, en medio de la ceguera física, Bartimeo mantuvo sólida su confianza en Dios. Él quería ver a Jesús. Necesitaba a Jesús. Para salir del estado de ceguera espiritual es necesario estimular el deseo de ver a Jesús. En general, son las dificultades y decepciones las que quitan nuestros ojos de nosotros mismos, de nuestra autosuficiencia, y nos despiertan a las necesidades de ver a Jesús y de ser notados por él y sanados.

Otra información importante está en el versículo 48: “Y muchos le reprendían para que callase, pero él clamaba mucho más: ¡Hijo de David, ten misericordia de mí!” Las personas reprendieron a Bartimeo por clamar abiertamente a Jesús. Hoy en día, muchos de nosotros ya hemos sido o aún somos criticados por demostrar abiertamente la fe viva en Dios. En el contexto académico, familiar, entre amigos y vecinos o en el ambiente de trabajo, hay personas que intentan silenciar nuestra fe y remover nuestra esperanza de ser sanados o permanecer curados del mal que nos aflige. Sigamos firmes, alimentando cada día nuestra fe activa y la esperanza en aquel que se compadece de nosotros.

Bartimeo rompió los paradigmas del prejuicio y de las críticas y avanzó en busca de la curación que anhelaba. Él no permitió que lo callaran. No permitió que su fe muriera durante el período de soledad y oscuridad que vivió. La ceguera física no le causó ceguera espiritual. Una fe activa se desarrolla por medio del estudio individual de la Palabra de Dios y de la práctica de los principios que encontramos allí, en nuestras relaciones interpersonales. Nuestra responsabilidad es no permitir que la ceguera espiritual de alguien cercano y amado ofusque nuestra fe.

Jesús oyó los gritos de desesperación y mandó llamar a Bartimeo. Antes de atender su pedido, le preguntó: “¿Qué quieres que te haga?” (vers. 51). Bartimeo sabía lo que quería. Y respondió: “Maestro, que recobre la vista” En su omnisciencia, Jesús ya sabía las respuestas que las personas darían. Él incluso leía los pensamientos de ellas. ¿Entonces, para qué preguntar? ¿Qué sentido tiene preguntar lo que ya se sabe? Desde el punto de vista humano, las preguntas se hacen porque no se entiende lo que está siendo dicho o se tiene dudas; o porque alguien no quiere responder y devuelve una pregunta con otra pregunta; o porque la persona quiere saber lo que el otro comprende sobre lo que está siendo discutido. Las preguntas también pueden hacerse para intimidar y despreciar.

Desde el punto de vista divino, por lo que vimos en los milagros realizados por Jesús, las preguntas las hacía para hacer reflexionar y movilizar a la acción, como en el caso del diálogo entre Felipe y Jesús; para concientizar a la persona sobre la maldad que está escondida en el corazón, como en el caso de los fariseos que trataban de matar a Jesús;

para revelar que Dios es quien perdona los pecados, como en el caso de la curación del paralítico; para destacar y valorar la fe, como sucedió en la curación de la mujer con hemorragia y al sanar a Bartimeo.

LLAMADO

Hoy aprendimos de Bartimeo, un hombre que estaba excluido de la convivencia social. Al oír que Cristo pasaba por la ciudad, no perdió la oportunidad. Clamó, gritó. Su voz fue oída y el milagro ocurrió. ¿Y qué decir de las multitudes dotadas del don de la vista que pasan de acá para allá, pero no sienten el deseo de ver a Jesús? Ignoran su enfermedad y pobreza, y no sienten necesidad de Cristo. Que esa no sea la realidad de ninguno de nosotros. Que el mensaje de hoy reavive y fortalezca nuestra fe. La pregunta que Jesús le hizo a Bartimeo es la misma que nos hace hoy: “¿Qué quieres que te haga?” Que el Señor nos bendiga y nos guarde en el caminar cristiano hasta que él venga.

HIMNO FINAL

Dulce oración – HA 376

ORACIÓN FINAL

¡Conozca más! Lea Mateo 20:29-34; Lucas 18:35-43.

[illegible]